

posible de las especies más baratas de alimentos que se requieren para el sustento de la simple vida animal. Si los trabajadores no se han visto colocados tan cerca del límite mismo de la subsistencia, su cantidad no disminuirá inmediatamente por un aumento de la mortandad cuando los salarios caigan: menguarán, como hemos hecho ver, en parte de esta forma, y en parte por disminuir el número de matrimonios y de muertes. Y en la mayoría de los países, a no ser por una depresión repentina y generalizada, se requerirían algunos años para que se sintiera mucho los efectos de la mayor mortalidad al disminuir la oferta de mano de obra en el mercado; mientras que la fuerza del hábito y la ignorancia universal del pueblo, en lo que se refiere a las circunstancias que determinan la proporción de los salarios, evitarían que se pusiera un freno efectivo contra la celebración de enlaces matrimoniales, y consiguientemente de la proporción en que los trabajadores nuevos acudirían antes al mercado, hasta que la miseria ocasionada por la demanda restringida, de un lado, y de la oferta no menguada, de otro, se hubiera dejado sentir muy general y extensamente.

Es esta circunstancia —la imposibilidad que suele haber para ajustar rápidamente la oferta de trabajo en proporción a las variaciones que se presentan ocasionalmente en la cuantía de los salarios— la que da a estas variaciones la influencia peculiar y extraordinaria que ejercen sobre las clases laborantes. Si la oferta de mano de obra pudiera aumentarse de pronto cuando los salarios suben, esta elevación no sería ventajosa para los trabajadores que existen en ese momento. Acrecentaría su número; pero no los haría subir en la escala social, ni aumentaría su poder adquisitivo sobre las cosas necesarias o convenientes para la vida humana. Y, por otra parte, si la oferta de trabajadores pudiera ser reducida súbitamente cuando los salarios bajan, esta baja menguaría únicamente su número, pero sin tener propensión a degradar sus hábitos o a deprimir la condición de los que sobrevivan. Pero en la inmensa mayoría de los casos, antes de que el alza de salarios pueda resultar contrapesada por un aumento en el número de trabajadores que se supone constituyen la oferta llevada al mercado, hay tiempo de que se formen nuevos gustos y hábitos mejorados, que no son productos apresurados de un día, un mes o un año, sino resultado final de una larga serie de impresiones continuas. Una vez que los trabajadores hayan adquirido estos gustos, la población progresará con ritmo más lento que el capital, comparado con el ritmo anterior; y los obreros más bien propenderán a diferir el matrimonio que a celebrarlo prematuramente rebajando su situación y la de sus hijos. Pero, si el número de trabajadores no puede aumentar repentinamente con la elevación de salarios, ni disminuir de pronto cuando éstos bajan, la caída de los mismos tiene, por lo tanto, un efecto precisamente opuesto y es, en la mayoría de los casos, tan dañina para el trabajador como benéfica su alza. De cualquier manera que puedan volverse a subir a su nivel anterior los salarios cuando bajan, sea por un decrecimiento

de matrimonios, o por un incremento de las defunciones, o por ambos factores, nunca el efecto es repentino, excepto en el caso extraordinariamente raro que hemos mencionado. Generalmente hablando, se requiere un tiempo considerable antes de poderse lograr; y, en consecuencia suge el gran peligro de que los hábitos y gustos de los trabajadores, y su opinión sobre lo que es necesario para vivir confortablemente, se degraden mientras tanto. Cuando los jornales se reducen mucho, los pobres se ven obligados a economizar, o a tener que vivir con menos comodidades y menos cosas necesarias, y de inferior clase comparadas con las que solía consumir; y el peligro está en que se convierta en un hábito congénito con el tiempo el parco vivir que se les impone. Si, por desgracia, se da este caso, la condición del pobre estaría siempre por los suelos; y no podría ponerse en práctica ningún principio que sirviera para restaurar el monto de los salarios a su nivel anterior, porque los obreros perderían el estímulo para poner un freno al crecimiento de la población comparado con el del capital, y, sin hacerlo, les sería completamente imposible salir de su deprimida situación. Bajo las circunstancias supuestas, el costo de consecución y mantenimiento de obreros se reduciría realmente; y es por este costo que la proporción natural o necesaria de jornales, a la que debe estar proporcionada la del mercado, está regulada siempre. Acaso el peor de todos los males que pueden acontecer a los trabajadores sea este abatimiento de sus opiniones con respecto al modo en que deberían vivir. Se conforman entonces con alimentos peores y con un nivel inferior de comodidades, y pueden despedirse de cualquier cosa mejor. Toda reducción en los salarios reales que no resulte pasajera tendrá ciertamente este resultado, si su influencia depresora no está contrarrestada por la inteligencia, la previsión y la prudencia del pueblo, produciendo una restricción moral creciente y una menor oferta de mano de obra. La única manera de poder subir los jornales es aumentar el capital con respecto a la población; y las probabilidades son de cien contra una de que los obreros no puedan volver a disfrutar de salarios altos, después que han bajado, a menos que se decidan a retrasar los matrimonios y frenar así el crecimiento de la población.

Nunca se debería proponer a la imitación pública el ejemplo de esos individuos o corporaciones que se resignan tranquilamente a ver sus salarios reducidos, y que se conforman con poder obtener sólo los artículos indispensables para la vida. Al contrario, habría que hacer todo lo posible para que esa apatía fuera vista como algo desdichado. Los mejores intereses de la sociedad piden que los salarios se eleven lo más posible, que se difunda ampliamente el gusto por las comodidades, los lujos y los goces de la vida humana, y que, de ser posible, se entrelacen con los hábitos y los prejuicios nacionales. Un tipo bajo de salarios, al hacer imposible por la mayor limitación que implican la compra de comodidades y objetos de disfrute, impiden que nadie haga esos gastos y es la causa más importante entre todas de esa ociosidad y apatía que se contenta con aquello que apenas

basta para prolongar la simple vida animal.

La situación de los campesinos de Irlanda sirve de ejemplo brillante de los desastrosos efectos que produce el haber asignado el tipo de los jornales naturales o necesarios con arreglo a un patrón muy bajo. Sin tener el gusto por las cosas convenientes o los lujos, los trabajadores de Irlanda se satisfacen con obtener una cantidad suficiente de patatas. Pero como la patata se cultiva con menos gasto que cualquier otro comestible explotado hasta ahora en Europa, y como los jornales del trabajo, en un país donde constituye el modo principal de vivir, están necesaria y principalmente determinados por el costo de su producción, es fácil ver que los obreros tienen que estar reducidos a una situación extremadamente mala y casi irremediable cada vez que aquel tubérculo escasee. Cuando es alto el nivel de los salarios naturales o necesarios —cuando, por ejemplo, la base de la alimentación del trabajador es el pan y la carne, y la cervenza parte principal de su bebida— podrá el obrero aguantar el tiempo de escasez. Ese hombre tiene reservas y puede recurrir a alimentos más baratos: a la cebada, avena, arroz y patatas. Pero el que habitual y constantemente come los alimentos más baratos, no tiene a dónde recurrir cuando queda privado de ellos. Los obreros que están en esta situación quedan absolutamente inermes. Podéis quitarle algo a un inglés, pero nada a un irlandés. Este último está ya tan abajo, que no puede caer más; está colocado en el borde mismo de la existencia. Sus jornales, regulados por el precio de las patatas, no le sirven para comprar pan de trigo, ni de cebada, ni de avena; y, por lo tanto, siempre que falten las patatas, es punto menor que imposible que evite ser una víctima sacrificada al hambre...

La influencia de las Leyes de los pobres en Inglaterra es, indudablemente, muy desfavorable para la formación de aquellos hábitos prudentes y económicos, tan esenciales para el bienestar de las clases trabajadoras. En la mayoría de los casos resulta totalmente imposible distinguir entre la miseria y la pobreza producidas por causas accidentales e incontrolables, y las que se han originado por la necesidad o mala conducta del individuo. Pero es obvio que, a menos que se pudiera hacer aquello, la estipulación de unos derechos para todos los pobres debilitará poderosamente todos los motivos que para obrar bien tengan los virtuosos de la comunidad, pues por a los industriales a nivel de los vagos, a los frugales junto a los desahuciados, y debe asimismo reforzar las inclinaciones viciadas de los malos...

Pero acaso la objeción de más peso que puede enderezarse contra la institución de una cantidad asignada a los pobres está en que tiende a perturbar la relación natural que hay entre la oferta y la demanda de la mano de obra. Si se abolieran las Leyes de beneficencia, puede presumirse que se abstendrían del matrimonio la mayoría de los obreros con alguna educación, al encontrar sus salarios insuficientes para mantener decorosamente una familia; y

freno puesto así al crecimiento de la población, al reducir la oferta de trabajo, elevaría su precio real hasta un nivel conveniente. Mas este resultado difícilmente se consiguiera con un sistema de previsión obligatoria. Para las Leyes de los pobres, pueden o no bastar los jornales al sostenimiento de una familia, que, si son insuficientes, el déficit se cubrirá con los fondos parroquiales, y de este modo se quitará el freno natural y más eficaz contra la excesiva población. Pero nada puede ser más pernicioso para el pobre que las medidas que tiendan a aumentar la oferta de trabajo sobre la demanda. Cuando en el mercado hay un exceso de mano de obra, los salarios bajan; y aunque no puedan descender por debajo de la suma requerida para el sustento del trabajador y su familia, puede éste verse reducido a tan miserable pitanza. Esta reducción en el nivel de los jornales es una consecuencia que debería ser prevista más cuidadosamente; pero las Leyes de los pobres van directamente a ella. Por sus medios se aporta al mercado una oferta de mano de obra mayor que la demanda de la misma; su precio disminuye consecuentemente; y no es cierto, en modo alguno, que los fondos parroquiales cubran la diferencia. El trabajador queda reducido a una dependencia total o parcial de sus recursos y no recibe más que aquello que necesita para no caer en una necesidad absoluta. Su independencia toca su fin; ya no puede tratar con sus patronos en un pie de igualdad, tiene que aceptar lo que la liberalidad de éstos quiera ofrecerle y debe despedirse de todas las comodidades y gratificaciones que el trabajador quisiera disfrutar, y que disfruta siempre que el número de ellos no es excesivo...

De entre todos los medios hasta ahora propuestos para mejorar de su forma permanente la situación de los pobres, ninguno parece que ofrezca nada tan eficaz como el establecimiento de un sistema realmente útil de educación pública. No es exageración afirmar que nueve décimas partes de la miseria y los delitos que afligen y azotan a la sociedad tienen su origen en la ignorancia: en la ignorancia del pobre con respecto a las circunstancias que realmente determinan su condición. Parece ser que aquellos que han trabajado en favor de la educación de los pobres se contentan con que éstos aprendan a leer y a escribir. Pero la educación que se detiene ahí omite lo más importante. El conocimiento de las artes de leer, escribir y hacer operaciones aritméticas puede existir —y, de hecho, existe muy a menudo— al lado de la más crasa ignorancia de los principios cuyo conocimiento es de la mayor importancia para los pobres mismos y para la comunidad en general. Para que la educación resulte tan útil como cabe esperar de ella, es necesario que el pobre se familiarice, al mismo tiempo que con la instrucción elemental que ahora se le imparte, con los deberes religiosos y morales, y con las circunstancias causantes de la desigualdad de rangos y fortunas que hoy existe; y, sobre todo, hay que inculcarles, desde su más tierna edad, una convicción de importante e indudable verdad: que ellos mismos son los árbitros de su fortuna; que lo que

otros pueden hacer por ellos es como el polvo de la báscula, comparado con lo que pueden hacer por sí mismos; y que el gobierno más tolerante y liberal, y las instituciones mejores, no pueden rescatarlos de la pobreza y la degradación, sin un ejercicio por su parte de la prudencia, la previsión, la frugalidad y la conducta ordenada. No puede haber duda de que el efecto final de este sistema educativo sería mucho mejor; aunque fuera irrazonable esperar que produjese efectos inmediatos sobre los hábitos de la multitud. Pero si no hay lugar para concebir vehementes esperanzas de una pronta mejoría, no hay razón tampoco para desesperarse. La cosecha de una instrucción sana puede ser tardía, pero al final será más copiosa y recompensará ampliamente los patrióticos esfuerzos de aquellos que, en su empeño por hacer que la educación abarque objetos de utilidad real, no han desmayado porque esperen encontrar dificultades en el comienzo y durante los progresos de sus labores.

Tema B: La Voz disidente en la Economía Clásica.

Según la interpretación clásica de la economía librecambista en su actuación, quedaba muy poco lugar (si es que algo quedaba) para cualquier acción positiva de los gobiernos que se orientara a aliviar la zozobra económica, el desempleo y la pobreza. A la luz de dicha interpretación parecía que la libre interacción de las fuerzas de la oferta y la demanda constituía la mejor garantía de un funcionamiento fluido de la economía, y que las dislocaciones grandes y persistentes del sistema de producción y distribución se explicaban simplemente por las intervenciones de la autoridad pública. Esta era precisamente la orientación seguida por la mayoría de los economistas clásicos cuando trataban de explicar los pertinaces trastornos económicos que siguieron a la terminación de las guerras napoleónicas en 1815. Entre las supuestas causas responsables de la depresión de posguerra en la Inglaterra de la época se contaban la elevada deuda pública, los impuestos excesivos, el capital insuficiente y la política comercial restrictiva que, a lo que parecía, ponía en situación de inferioridad al comercio británico de exportación, puesto que los demás países no podían vender a Inglaterra alimentos ni otros artículos. Según se alegaba, si los gastos públicos se cercenaran radicalmente, se redujeran los impuestos, se incrementara el cúmulo de capital, y, por fin, se quitaran las restricciones al comercio exterior, podría levantarse nuevamente la producción y desaparecer el estado general de depresión. Los gobiernos y las personas que los apoyaban compartían también estas ideas. Pero no todos eran de la misma opinión; había miembros del Parlamento y economistas privados que no estaban de acuerdo con ella. Entre éstos se contaban, ante todo, Lord Lauderdale en Inglaterra y Simonde de Sismondi, que visitó aquel país durante la depresión de la posguerra. Estos dos economistas anticiparon la teoría de que la "parsimonia" o ahorro excesivo podía interrumpir el flujo de las rentas y hacer imposible a los fabricantes la venta de todos sus productos a precios que resultaran provechosos. Pero, si las ideas de Lauderdale y Sismondi podían ser desechadas por venir de afuera, las objeciones que Malthus hizo procedían de dentro mismo de la escuela clásica y difícilmente cabía que se pasaran por alto. Más de veinte años después de la aparición de su Ensayo sobre la Población, Malthus publicó sus *Principios de Economía Política* (1820), en la cual el viejo pesimista no solamente ponía en tela de juicio la validez de la celebrada ley de los mercados —que él consideraba como algo "totalmente infundado"—, sino también la fe en los benéficos resultados de la parsimonia o la frugalidad. En particular consideraba Malthus que una acumulación demasiado rápida de capital podía menguar la demanda y el consumo efectivos y así, al desequilibrar los móviles de la producción, provocar el efecto de frenar —como él decía— el progreso de la riqueza. De ese modo se convirtió Malthus en uno de los primeros economistas ingleses

que puso en duda, al menos por implicación, la fe clásica, para la cual tienden a equilibrarse por sí solas las fuerzas de la economía capitalista.

No obstante, las opiniones de Malthus no hallaron respuesta. Se produjo una estéril controversia acerca de ellas con Ricardo, quien siguió siendo inflexible. Los sucesores de la escuela se inclinaban, como dice J. M. Keynes, "a separar del cuerpo de la economía el problema, pero no resolviéndolo, sino dejando de mencionarlo." *Las Notas sobre los Principios de la Economía* de Malthus, publicadas después de morir su autor, Ricardo, afirman en un importante pasaje lo siguiente, que indica claramente cuáles eran las consecuencias prácticas de las teorías malthusianas a las que él objetaba: "Si la gente que se supone va a consumirlas no consume directamente las mercancías, ni hace que las consuman otros... y, en consecuencia, se produce un estancamiento general de los negocios, no tendremos más remedio que seguir el consejo de Mr. Malthus y obligar al gobierno a que cubra la deficiencia del pueblo. Deberíamos, en tal caso, pedir al rey que deponga a sus actuales ministros de asuntos económicos y los reemplace por otros que sean más eficaces en la promoción de los mejores intereses del país, estimulando la extravagancia y el derroche públicos. Somos, por lo visto, una nación de productores, y hay pocos consumidores entre nosotros, y el mal se ha hecho tan grande al fin, que seremos miserables sin término, si el Parlamento o los ministros no adoptan inmediatamente un plan de gastos." Que eran estas las ideas prácticas implícitas en la actitud disidente de Malthus es fácil de ver por los siguientes fragmentos, tomados de las conclusiones de sus Principios: "Es importante conocer que, en nuestro afán por ayudar a las clases trabajadoras en una época como la presente, resulta deseable emplearla en trabajos cuyos productos no se ponen a la venta en los mercados, como, por ejemplo, la construcción de carreteras y las obras públicas. El inconveniente de emplear de esta forma una cantidad grande, que se obtiene de los impuestos, no puede ser su tendencia a disminuir el capital que cabría emplear en un trabajo productivo, porque esto es, en cierto modo, lo que se busca; más bien sería que propende a ocultar demasiado el fracaso de la demanda nacional de trabajo, y evitaría que la población se adaptara poco a poco a una demanda reducida. Mas esto puede corregirse mucho a través de los salarios que se paguen. Y diría yo sin ambages que el empleo del pobre en los caminos y obras públicas, junto con la tendencia de los propietarios y terratenientes a construir, mejorar y embellecer sus posesiones, son los medios que más dentro de nuestro poder y más directamente calculados están para poner remedio a las calamidades derivadas de esa perturbación del equilibrio entre la producción y el consumo, perturbación que tiene su origen en la deserción brusca de soldados, marinos y otras varias categorías de hombres empleados en la guerra, que pasan a ser trabajadores productivos."

CAPITULO I

DEL PROGRESO DE LA RIQUEZA

SECCIÓN I. Exposición del problema que se investiga

No HAY UNA investigación más interesante, o que por su importancia sea más digna de atención, que la que estudia las causas que impiden en la práctica el progreso de la riqueza en distintos países, y lo detienen o hacen avanzar muy despacio, mientras que la capacidad de producción no experimenta comparativamente disminución, o, por lo menos, provee de los medios necesarios para un aumento grande y abundante de producción y población.

En una obra anterior procuré trazar las causas que mantienen en la práctica la población de un país al nivel de los alimentos existentes. Ahora me propongo exponer qué causas influyen más en la cantidad de esas provisiones que existen, o que desarrollan la capacidad de producción en forma de riqueza creciente.

Es indudable que entre las principales causas que influyen sobre la riqueza de las naciones se han de colocar las comprendidas bajo el título de políticas y morales. Sin un cierto grado de seguridad de la propiedad no puede haber estímulo para el trabajo individual, y aquella depende sobre todo de la constitución política de un país, la excelencia de sus leyes y el modo en que se administran. Y también dependen, sobre todo, de las mismas causas, combinadas con la instrucción moral y religiosa, la existencia de aquellas costumbres que son más favorables para crear el hábito del trabajo ordenado, así como para formar la rectitud general del carácter, y que son, naturalmente, las dotes más favorables a la producción y a la conservación de la riqueza. Sin embargo, no es mi intención ahora examinar a fondo esas causas, por importantes y eficaces que sean, sino limitarme sobre todo a las causas más inmediatas y próximas del aumento de riqueza, tengan su origen en estas fuentes políticas y morales, o en cualesquiera otras que atañen de modo más específico y directo al ámbito de la economía política.

Es sin la menor duda cierto que existen muchos países que no difieren esencialmente en el grado de seguridad que proporcionan a la propiedad, ni en la instrucción moral y religiosa que reciben sus habitantes, y que, a pesar de ser casi iguales en cuanto a capacidades naturales, desarrollan su riqueza de manera muy diferente. El objeto principal de esta investigación es dilucidar tal hecho y proporcionar alguna explicación a ciertos fenómenos que suelen llamarnos la atención siempre que examinamos los distintos estados de Europa o del mundo; por ejemplo, países con grandes medios de producir que son comparativamente pobres, y países con pequeños recursos, comparativamente ricos.

Si las riquezas de un país, no sujeto a perturbaciones constan-